

de la calma profunda que le rodean. Tiénese demasiado lugar, un campo demasiado libre sobre la extensión de las aguas, y siente uno el corazón oprimido.

Más allá de la ribera no descubrimos sino bosques, y, a intervalos, praderas desnudas. Solo a fuerza de mirar se descubría por aquí y por allí algún rebaño de ovejas en la vecindad de la playa, lo que hacía suponer la existencia de habitaciones. Después de haber explorado largo tiempo el país con ayuda del anteojo, pudimos divisar al fin algunos techos en la verdura, y un grande edificio blanquizco hacía la punta del cabo. Corriendo el medio día, aparecieron algunas figuras salvajes que se colocaron sobre la escarpada orilla para espiar con aire de admiración aquel gran buque que llegaba a visitarlos; esta fué la única señal de interés que nos dió esa población desconocida. Nos correspondía, pues, romper el hielo y emprender una expedición para ponernos en cuanto fuese posible en relación con los naturales; estábamos como el capitán Cook en medio de los isleños del mar del Sur.

Esta misión diplomática fué confiada a nuestro viejo piloto, único hombre de la tripulación que hablase un poco albanés y que pudiese entenderse con aquella raza de salvajes. Por lo demás, era el hombre para estas empresas: figura muy singular, acaso la más interesante de las que había a bordo.

Originario de las islas griegas, se había hallado desde su primera juventud empeñado en las luchas de la independencia y de la piratería, a que se entregaban entonces sus compatriotas. Mientras que su mano derecha derramaba con salvaje deleite la sangre de los turcos, su izquierda embolsaba más de una gordita suma. Nada le agradaba más, que el que se le tocara el capítulo de aquellos tiempos, y entonces contaba sus hazañas verdaderamente espantosas. Si se le preguntaba, como en chanza, cuántos turcos había matado, y si había despachado en efecto doscientos al otro mundo; se sonreía con aire burlón, y hallaba el número demasiado pequeño, pequeñísimo, añadiendo con desden en su mala jergonza italiana: "*Ho amazza un ebreo che non cunta.*" Para él, todo asesinato cometido en un turco, era un escalón del paraíso. Su anciano padre, especie de almirante tunecino, había sido asesinado en la costa de África por unos bandidos musulmanes, y el hijo se

consideraba como el vengador enviado por Dios para castigar ese crimen.

Ha cumplido concienzudamente esta misión. Felicitábase particularmente de un episodio de su juventud, que se complacía en contar para divertir al auditorio. En las luchas de independencia desplegaba su actividad principalmente en la mar: tan pronto era necesario ir al abordaje, como conducir aquellos brulotes que dieron los golpes decisivos en esa sangrienta guerra. Un día apresaron una fragata turca en la que se habían refugiado centenares de musulmanes con sus familias. Según la costumbre de los griegos, todos fueron arrojados al agua, y los que no se ahogaron, al instante fueron despachados a puñaladas al otro mundo por las gentes colocadas en los botes; y Wassili, nuestro hombre (cuyo verdadero nombre era Basilio Mertica), era uno de los que tripulaban los botes en que se hacía la matanza.

Había otra aventura que también le parecía muy chistosa, cuando pensaba en ella. Tratábase de tres cautivos, dos blancos y un negro, que habían sido asados. Habíaseles atado juntos encendiendo el fuego a su alrededor: los griegos los miraron impassiblemente, hasta que el ardor de las llamas los hizo perecer a los tres. Wassili hablaba con notable desprecio de uno de esos desgraciados que había exhalado el alma de miedo antes de que empezase el experimento.

Estas diversas aventuras habían bronceado su carácter, y estaba a prueba de todo. Pero a esta dureza de hierro, unía la profunda astucia de los griegos, y cierto aire de ingenuidad, que frecuentemente se concilia con el fanatismo feroz que considera el asesinato como una virtud. Era un filósofo en su género: había quebrado con su conciencia, nada podía espantarlo; conocía las vicisitudes del destino, y sabía evadirse de aprietos. Era un hombre tan completo en su espíritu práctico y sus recursos, que todos hallábamos gusto en tenerlo, y oíamos con grande interés sus proyectos originales y siempre ingeniosos. Había nacido diplomático: sus ideas políticas y sus conjeturas sobre la cuestión de Oriente, eran extremadamente divertidas. Necesario era verlo en su vestido azul, con el gorro marino sumido en su ancha frente, del tipo griego más puro, con ojos chispeantes hundidos bajo espesas cejas,

con las manos cruzadas sobre un vientre pequeño y redondo, que contrastaba, lo mismo que toda su raquítica persona, con sus terribles hazañas: parado al pié del palo mayor, esperaba sin inmudarse nuestras preguntas. Si se le interrogaba sobre la situación de su patria, respondía sin detenerse: "*Macedonia alza, Epiro alza, Thessalia alza, paese di Re Otton no alza!*" Y los acontecimientos que se verificaron poco tiempo despues, mostraron que no se equivocaba.

Añadid a esto que conocia como ninguno las enseñadas y los pasos del archipiélago, lo que hacia que sus servicios como piloto fuesen inapreciables en aquellos lugares.

Todo lo que he dicho de este interesante y divertido personaje, manifiesta que podia ser de grande utilidad en la expedición delicada de que se trataba.

29 de Julio de 1853.

Desde por la mañana fué enviado Wassili a tierra en compañía del proveedor, con el fin de procurarse carne fresca para la tripulación. A poco le seguimos nosotros; estaba en la pendiente de la cadena de colinas, en medio de pastos cubiertos de un césped corto y amarillento, sombreado de trecho en trecho por frondosos árboles. En presencia de un rebaño de ganado vacuno, negociaba con unos pastores de aspecto salvaje y repulsivo. Regateaba un torete de pelo rucio que parecia destinado a la matanza. Apresuramos la conclusion del trato y asistimos al degüello de la pobre bestia. Al principio se habia pensado abatirlo de un tiro; pero al fin se decidió el cogerlo con una especie de lazo, despues de lo cual se le amarraron los piés y se le hundió en la garganta el yagan, instrumento habitual del suplicio: la sangre saltó y volvió a caer en la yerba esterilizada. En los momentos en que la víctima luchaba con las últimas convulsiones, el suelo, como indignado, se sacudió de una manera bastante fuerte. Era uno de esos temblores de tierra tan comunes en la Albania turca y austriaca hasta Stagno, que han destruido por completo este último lugar y en parte a Ragusa. Este de que hablamos, fué muy notable, haciéndose sentir en diferentes lugares y especialmente en la ciudad marítima de Durazzo.

En el lugar mismo conocimos al gefe de aquella población. Se llama Miguel de Nicolo: su exterior repelente y extraño participa del camello y de la tortuga. Su pescuezo largo y seco, su nariz, su boca, su andar arrastrado y sin ruido, hacen pensar en el primero de estos animales; su piel singularmente curtida cubierta de pústulas y de verrugas, y su cabecita que sale y entra bruscamente, pertenecen al segundo. En cuanto a la parte moral, el tiempo nos enseñó que era una combinación perfecta del zorro, de la serpiente y del perro. Del zorro tiene el instinto de astucia; de la serpiente la facilidad de retorcerse; del perro el ladrido y la bajeza. A pesar de esto, ó mas bien a causa de estas cualidades reunidas, es una de las figuras mas originales, cuya impresión me haya quedado en mis recuerdos de viaje: con mucha frecuencia hemos hablado en nuestras alegres conversaciones, y sin duda hablaremos todavía mas de una vez de Miguel de Nicolo.

Hay figuras que se levantan en mi memoria como límites milenarios; pero son en general las de individuos que son completamente lo que son, ó enteramente excelentes, ó enteramente bandidos. El *pater patriæ* era por completo de la última especie: ninguno de los que han tenido el gusto de conocerlo negará este hecho. Hubiera debido vivir en la edad média, en el tiempo en que se jugaban en Italia las hermosas escenas de puñal. Miguel habria sido bueno para todo, como el negro en la *Conjuración de Fieschi* y Mefisto en *Fausto*. Su persona corresponde a estos diabólicos oficios: debo confesar que mas de una vez, galopando solo con él en las profundidades de la selva, no me sentí bien, tuve calofrío, y estuve a punto de exclamar: «¡Protégeme, Dios mio!» A la verdad Miguel me ha confesado en un momento de enternecimiento, que ya dos veces le habia sucedido, *nel bosco*, el despaçar a las gentes por la posta al otro mundo, despues de lo que se habia visto obligado, por temor a la *vendetta* a errar por espacio de tres años, como un salvaje en los bosques. Estas aventuras que son de todos los dias, arrojan una luz bastante siniestra sobre el estado de la Albania.

El nombre del grande héroe Scanderbeg, siempre vencedor, jamás vencido (cosa rara en un guerrero), está aún, despues de cuatro siglos, en los lábios del pueblo albanés. Tenia yo el atre-

vimiento de divertirme dando a Miguel el nombre pomposo de Scanderbeg II. Él lo aceptaba con una sonrisa satánica y manifiesta satisfacción: y aun tuvo la desvergüenza de escribirme a Viena, un año despues, firmando su carta con este magnífico título.

Desde el principio se nos presentó como la única celebridad del país, de modo que tuvimos necesidad de aceptarlo como director de nuestras excursiones, montero mayor y comisario de policía, y aun por nuestro consejero político y nuestra única autoridad en materia de historia.

Si el paisaje de Antivari con sus minaretos bañados en la atmósfera, con sus montañas iluminadas por los calientes tintes del Mediodía, tiene el carácter magnífico y sensual de los países turcos, el de Rondoni, abstracción hecha de las olas azules, de la bóveda celeste todavía mas azul, y de una temperatura africana, recuerda los países alemanes: bien entendido que hablo de las comarcas inhabitadas, como las que se hallaban en otro tiempo, antes de que se oyese el alboroto de las fábricas y el chiflido de las locomotoras: por lo demás, gracias al ardor de emigración que arrastra a nuestras poblaciones hácia la América, acaso pronto veremos otras semejantes. El primer rasgo de semejanza con la Alemania, lo hallábamos en una extensa dehesa cubierta de serpol y de aliaga, de espinos y de algunos robles aislados, que atravesábamos sofocándonos y pensando en la canícula alemana. Mas, pronto el sol nos hizo acordar que estábamos en Oriente, y nos obligó a buscar un refugio bajo el místico follaje de algunos olivos centenarios.

Extendiéronse unos pañuelos a guisa de alfombra; mi viejo albornoz algerino reemplazó a la casaca de ceremonia que me ahogaba; y saqué de mi bolsa de viaje, dejando estupefacto a nuestro nuevo amigo Mefisto, un abanico chino que traía de Cádiz. No hacia mas que seguir el ejemplo de sir William Napier, que sabia tan bien llevar la espada y no desdeñaba el abanico. Me senté cruzando las piernas, y me soplé la cara: las cigarras cantaban el medio dia: me hallé en pleno Oriente y en el corazón mismo de la barbarie.

Mas de una vez, á título de comandante responsable de mi buque,

debí pasar toda la noche recibiendo la lluvia en plena tempestad: en tales ocasiones envidiaba la suerte de los jóvenes oficiales subalternos. Cuando uno de ellos ha terminado su cuarto de servicio, puede tirarse tranquilamente á su camarote, dejando que el comandante se componga como pueda y se acatarre, y, encantado de haber terminado con la humedad y el frio, se abandona a las dulzuras del sueño. Pero hoy me encantaban las ventajas del mando. Los señores oficiales tenían por orden mia el pasatiempo de levantar el plano de la bahía, miéntras que yo gozaba del reposo a la sombra de los olivos.

Reposados y reanimados por el fresco del árbol de la paz, dejamos aquel lugar para dirigirnos a la aldea cristiana, residencia principal de Scanderbeg II. Su señoría me hizo por sí mismo los honores de mis habitaciones. Para no omitir nada, conviene decir que todo, vestibulo, salones de ceremonia, recámaras de la familia, pabellones para los hombres y las bestias, con la sala del trono del rey de las selvas, se componia de una sola pieza, cuyo entarimado era el seno de la tierra nuestra madre, cuyas paredes estaban construidas con piedras del grueso de una suela, y cuyo techo estaba tapizado de bálago podrido y saturado de negro de humo.

«Tal país, tal príncipe:» viejo proverbio, cuya verdad se hallaba confirmada aquí en caracteres esplendentes, ó mas bien en caracteres de un negro perpétuo. En esa negra caverna, sin ventana y sin salida para el humo, habitaba Mefisto con su bruja mujer, su brillante posteridad y una camada de indiscretos pavos. La Sra. Scanderbeg estaba envuelta en una blanca zalea de oveja: un velo vaporoso abrigaba los encantos un poco macilentos de su descarnado rostro; sus ágiles manos se ocupaban, con dignidad antigua, en manejar el cetro de las princesas de Homero, la rueda tradicional. Acomodándose al presupuesto del imperio, que sin duda fué dotado tambien de una constitucion en 1848, el menaje de palacio se compone de un cofre de madera pintado de colores chillones, que encierra probablemente la corona y el cetro Scanderbeg, el velo nupcial de su tierna esposa y la constitucion de este feliz imperio. Por lo demás, la tierra desnuda es el único picadero en que puedan ejercitarse los miembros de la familia reinante.

Y sin embargo, este hombre tiene tierras y rebaños; mas los habitantes de Albania no apetecen los refinamientos de la civilización: lo que convino a los antepasados, conviene a los nietos y biznietos. Mas tarde he comprado, por antojo, toda la residencia de príncipe, en el precio fijado por el propietario, que fué la suma de dos *Zwanziger* de buena plata, estando el contrato signado por dos cruces de Miguel, quien en aquel tiempo no sabia escribir todavía. Poseo este documento en mis archivos de familia. Si fuese inglés, este documento que establece mis derechos sobre la provincia, podria dar lugar a un bloqueo ó a una ocupacion, y acaso me comprarian este pedazo de papel con oro y distinciones nacionales.

Hé aquí cómo se hizo este contrato. Estando en una excursion, como Miguel es un personaje entendido en negocios, le pregunté, para tener una idea de la estadística del país, en cuánto estimaba sus tierras; entónces fué cuando, entre otros valúos, estimó su palacio en el precio indicado. El negocio me pareció tan ventajoso que concluí la compra. Por una suma doble me dijo que me habria dado además a su mujer y a sus hijos. Muchas ganas tenia de alistar al príncipe heredero a bordo de la corbeta; pero esta proposicion no fué aceptada, y entónces pasamos a otro punto: me comunicó el proyecto que tenia de comprar una novia para su hijo que tenia diez y ocho años. Le observé que debia dejarse al jóven en libertad de elegir; pero esta observacion no le pareció séria. Por aquí se verá que en esos países la autoridad paterna subsiste todavía en todo su esplendor.

30 de Julio de 1853.

Desde lo alto del promontorio se goza de una perspectiva que aclara la topografía a gran distancia; era como un mapa del país extendido a nuestra vista. Cuando se recorre una comarca desconocida, ó se visita una ciudad extranjera, semejantes puntos de vista ponen órden en las ideas del viajero, hasta entónces confusas por la multitud de imágenes que ha recogido separadamente. Tan luego como semejante cuadro se ha grabado en su espíritu,

tiene como un daguerreotipo del país ó de la ciudad, y comprende sus principales disposiciones.

Aquí el paisaje era grande y hermoso: era la imágen de la abundancia y de la fuerza; pero sin cultura. Teníase a la vista un cuadro antiguo, uno de esos cuadros que tiñe la ardiente luz del Oriente, en los que el mar, semejante a un espejo de plata, forma el fondo: los diversos planos presentan riberas cubiertas de verdes bosques, de abundantes pastos, y de lagunas cubiertas de cañas, promontorios de majestuosas formas y montañas azules. El artista se complaceria en pintar en ellos asuntos tales como Teseo persiguiendo un jabalí, ó una ninfa huyendo de una serpiente, ó bien a Abraham recibiendo la visita de un ángel. En una palabra, es uno de esos cuadros amplios, animados, vaporosos, tales como los dibujaban en los últimos tiempos el Poussin y Marco.

Del lado del Sur se percibia el cabo Pali, detrás del cual se oculta Durazzo, tan célebre en la época bizantina. Entre este promontorio y el de Rondoni, la costa, dulcemente contorneada, presenta al observador vastas campiñas, cubiertas de opulentos bosques y fecundos pastos. Encontrábanse allí las selvas misteriosas y la poesía de la naturaleza primitiva. Detrás de nosotros, inclinándose al Sur, se extendía una cadena de pintorescas colinas; del lado del Norte se descubria la bahía muellemente cerrada, y en lontananza la llanura de la Bajana, terminada por la altura de Dulcigno que se precipita bruscamente en la mar. Delante de nosotros, el cabo con sus fértiles campiñas y sus valles que riegan numerosos rios, presentaba la imágen de los paisajes de Alemania, y sobre la inmensa superficie del mar se veían pasar algunas velas.

No sé qué deseo inexplicable se apodera de nosotros a la vista de las henchidas velas que aparecen en el horizonte. Quisiera uno, por medio de una operacion mágica, trasportarse a ese mundo silencioso y apartado. Por satisfecho y por feliz que se encuentre uno en la orilla, hay una voz interior que nos grita: «Allá, allá, ¡mas allá de los lejanos horizontes del mar! A aquellas riberas doradas que se ocultan del otro lado!» Este llamamiento, esta aspiracion jamás satisfecha, nos causan bien y mal; pero en esta mezcla está la felicidad terrestre. El alma no quiere saciarse, por-

que la saciedad es la muerte de la dicha; es el embrutecimiento, ya sea que provenga del hábito ó de la pérdida de las ilusiones. Solo puede haber satisfaccion duradera despues de la muerte. Pero la aspiracion infinita es el encanto del mar, de este espacio sin limites, que ejerce en nosotros la misma seducccion que el cielo azul sin fin, con sus estrellas que nos invitan, ó que las montañas, con sus cumbres que nos detienen, y nos excitan a seguir subiendo.

31 de Julio de 1853.

Tratábase hoy de emprender una caza de jabali. Aun no salia el sol: el crepúsculo extendia sobre la naturaleza sus sombras frescas y vivificantes, cuando la alegre tropa de mis compañeros entró en campaña. Soy del sabio principio de los ingleses, que piensan que el comandante ó el primer teniente de un buque, deben permanecer siempre a bordo por mas bonancible que sea el tiempo, y por mas seguro que sea el fondeadero. Como por una parte, cuando se desea una disciplina severa, es necesario que uno mismo dé el buen ejemplo; y como por otra parte, debe tratarse de hacer, en cuanto sea posible, agradable la vida a los subordinados, habia yo renunciado por esa vez al placer de la caza que parecia deber ser muy interesante, y a la cual era una fiesta para juvenes y viejos, asistir: habia yo, pues, enviado en mi lugar a mi primer teniente, que era un verdadero marino que de ordinario no tenia, como es natural, gran predileccion a la playa, y amaba a su buque sobre todas las cosas. Pero aquella expedicion parecia llenarlo de placer: la alegría radiaba en su cara; su persona y su andar respiraban confianza en la victoria, y la esperanza impaciente de los acontecimientos de la jornada. Y es que las gentes de mar se consagran por entero a lo que hacen, no conocen obstáculos, y de este modo se hallan en cualquiera parte en su lugar. En tierra, desempeñamos bastante bien nuestro papel: a caballo, no nos quedamos muy atrás; y en la mar, tenemos sin disputa la supremacia, ó mejor dicho, el monopolio.

En cuanto a mí, empleé mi dia en pasar revista al buque y hacer ejecutar a mi tripulacion toda clase de ejercicios. Me encon-

tré muy a mi gusto y contento de mí en mis funciones de comandante: es un sentimiento que no debe desdeñarse, y que vale la pena de ganarlo a precio de algunos malos ratos.

Era ya avanzado el medio dia, cuando percibí a la caravana que volvia costeando la ribera. En los momentos en que dirigia el antejo por aquel lado, nuestro infortunado comisario perdió el equilibrio sobre su cabalgadura árabe, y cayó pesadamente en un charco de agua de mar. Este desagradable accidente, segun supe despues, terminaba la serie de acontecimientos tragicómicos, que habian pasado al pobre hombre en el curso de la jornada.

Era yo el único a bordo que conociese al jabalí, por paseos y cacerías en extensos parques: me habia divertido pintando a nuestros cazadores con terribles colores los peligros que tenian que correrse en esas fiestas. Estas advertencias produjeron extrañísima impresion en los mas pacíficos de nuestros hombres: algunos querian llevar consigo arpones de abordaje y a sus criados para parapetarse: otros se prometian que cuando oyesen el gruñido del monstruo y viesan brillar sus colmillos, subirian a un árbol. Nuestro comisario que estaba muy lejos de ser cazador, no queria acompañar a los otros sino en calidad de espectador, y entretanto se armó de fusil y pistolas.

Como sucede con frecuencia en semejantes casos, hicieron levantar una bandada de jabaliés; pero estos en vez de dirigirse del lado de los cazadores ejercitados y ardientes, para quienes esta visita habria sido el colmo de la dicha, se fueron derecho hácia los breñales, desde donde nuestro comisario seguia, no sin inquietud, el giro de la caza. Oyó a través del follaje el ruido y los gruñidos de los animales, y en el momento se presentaron a su mente todos los fantasmas sangrientos que mi imaginacion habia evocado; un frio glacial recorrió todo su sér: empezaba a faltarle el corazon. En su desesperacion, busca socorro con los ojos, se arma con una pistola cargada con pólvora, hace fuego, y como por encantamiento aleja el peligro de su pacífica persona y del puesto que ocupaba. Los jabaliés se revuelven y forzan, sin recibir un araño, la línea de nuestros hombres. Los viejos cazadores experimentados estaban furiosos: habia fallado la partida; pero el comisario habia salido sano y salvo.

Todo esto lo supe, antes del regreso de la caravana, de boca de uno de esos señores que llegó a bordo para pedirme en nombre de la compañía, permiso para renovar en la tarde la partida. Con gusto concedí el permiso y les envié al mismo tiempo buenas provisiones de boca y vino: conocía a mi gente en este capítulo. En cuanto a mi primer teniente, que por celoso de su deber y por consideración a mí, quería regresar a bordo, le hice llegar la orden formal de tomar parte en la segunda mitad de la caza. La tarde fué aun mas desgraciada: ni un jabalí se dejó ver. Desde ese día, el pobre comisario fué el hazmereir de los cazadores: pero satisfecho de haber salvado la vida, soportaba estoicamente las chanzas.

1.º de Agosto de 1853.

Hoy era mi turno de tomar parte en la caza. Llevé conmigo a los oficiales que se quedaron ayer a bordo. Nuestros caballos con sus espantosas sillas nos esperaban en la orilla, cuidados por el infatigable Scanderbeg. Wassili, que ya ayer habia desempeñado las funciones de cocinero, nos descubrió en el bosque un claro de bastante sombra y tan fresco como se podia hallar en aquellos lugares. Este sitio fué elegido por unanimidad para servir de cocina y de comedor. Nuestro piloto entró desde luego en funciones para prepararnos el almuerzo: y dejándolo allí, partimos a galope.

La temperatura era fresca, casi fria para la Albania. Una claridad crepuscular cubria el país como con un velo de plata; las siluetas de los árboles se dibujaban vigorosamente en el horizonte que empezaba a encenderse, y una brisa vivificante nos traía como un saludo matinal. Despues de haber seguido por algun tiempo la rocallosa costa, dimos vuelta para un valle recorrido por un límpido arroyo, y dejando atrás campos y rebaños dispersos sobre pendientes rápidas, subimos al fin una colina que forma un anfiteatro cubierto de mirtos en flor y de infinita variedad de zarzales aromáticos siempre verdes.

Allí nos apeamos y nos escalonamos a lo largo de la pendiente formando entre todos un grande arco. Mi punto estaba en el ala derecha, y podia de lo alto ver a una parte de mis compañeros.

Antes de separarnos, habia prescrito a cada uno, y en especial a nuestros jóvenes oficiales, cuyo humor es un poco petulante, la dirección en que debian tirar.

No soy yo precisamente un Nemrod: si pasa algo por delante de mí, tiro con suerte; pero me falta la paciencia para esperar en una postura inmóvil é incómoda, espiando el momento favorable. Me instalé, pues, a mis anchas sobre el césped, diciéndome: ¡tanto mejor si la fortuna me favorece! Miraba debajo de mí a nuestros jóvenes, que poseídos de la fiebre de la caza sin tener la calma del cazador, apénas eran dueños de sus movimientos.

Despues de una espera bastante larga, en el momento en que el sol se levantaba con todo su esplendor, oí un fuego de tiradores acompañado de los gritos de los batidores, y el ruido particular que hacen los jabalíes al precipitarse en las malezas. Pero era en el ala opuesta: la espera no podia, pues, ofrecernos mas interes que el de preguntarnos si todo aquel gasto de pólvora no seria perdido.

Los batidores aparecieron, y poco despues de ellos nuestro querido doctor, el verdadero cazador de la reunion. Su semblante respiraba el triunfo; el sudor corria por su frente; tenia la firmeza en el andar que dá la realizacion de una proeza, y subia alegremente la colina, verdadera imágen de un tirador autorizado de los cotos imperiales. Detrás de él, unos albaneses de anchas espaldas pujaban bajo el peso del monstruo que nuestro Hipócrates habia abatido con mano firme y segura. La bestia era una desgraciada madre en la flor de la edad, lo que se llama un *jabato*. Este golpe era, por lo ménos, una especie de reparacion de honor que obteniamos a los ojos de la poblacion albanesa, que sin esto habria pensado mucho tiempo en las proezas del día precedente. Por otra parte, esta caza motivaba hasta cierto punto nuestras correrías eternas alrededor del promontorio salvaje de Rondoni.

Nos pusimos en marcha por entre las yerbas de mas de dos piés de alto y por breñales espinosos, que terminan en algunos grupos de árboles magníficos, verdaderamente dignos de ser reproducidos por el pincel. Emprendióse una segunda batida en la vertiente meridional del cabo. Yo obtuve un lugar excelente, al fresco, bajo un bosque de hayas, en un lugar visitado con fre-